
CAPÍTULO XXXII.

Recuerdos que ofrecen los viejos castillos de Moravia y de Bohemia. — El gran puente de Praga. — La catedral de San Vito. — Propiedades ménos respetadas en todas partes. — Universidades austriacas. — Los Escolapios y las Ursulinas. — Observaciones sobre la Baviera. — Política diferente. — ¿De parte de quién están las probabilidades del triunfo? — Los asilos para inválidos en Viena. — Los Hermanos hospitalarios. — Un ejemplo para nuestro siglo. — Las casas de pobres de Austria puestas al frente de las de Londres. — Enemigos del catolicismo en Stiria, Croacia, Iliria y Dalmacia. — Observacion que consuela. — Contraste. — Impresiones en Capo de Istria. — Los Slavos cismáticos.

Bohemia y Moravia, en medio de un país agreste y erizado de montañas, señalan á cada paso viejos castillos levantados en lo mas escarpado de los cerros. La imaginacion, al contemplarlos, se traslada á una época distante; y atravesando los siglos que de aquella nos separan, va á detenerse en el tiempo en que los príncipes territoriales, encerrados en una fortaleza, ó resistian el sitio de otros de su misma categoría, ó salian de ella para tomar venganza del agravio que suponian haber recibido de su adversario. En estos parajes solitarios hoy no retumba el sonido de las armas de los feudos, que combaten vengando el honor de sus señores; la cruz que se ve enarbolada en los montes y caminos, ha hecho reinar la paz donde la violencia y el tumulto tuvieron su asiento durante una dilatada serie de años. Yo he visto centenares de personas subir descalzas hasta la cima de los cerros rezando el *Via Crucis*, y oídoles no tener en la vida momen-

tos tan dulces como aquellos que, bañados en lágrimas de ternura, descansaban abrazados al pié de la cruz. La Silesia, las provincias del Rhin y todas las del imperio austríaco ofrecen á cada paso este mismo espectáculo, consolador para el que posee un espíritu que en alas de su fe se remonta hasta su Autor dándole muestras de amor y de ternura.

Un viajero inglés (1) escribía que eran los paisanos y las mujeres los únicos á quienes habia visto practicar estos actos de devocion. Esto es verdad; los que se dicen ilustrados, los que poseen fortuna y en la sociedad tienen cierta posicion mas elevada que los simples labradores, no dan ordinariamente muestras de su religion de esta manera. Estos se avergonzarán de descubrir su cabeza delante del templo, ó de una imágen conducida en procesion; pero no de proferir en las calles y en las plazas gritos sediciosos al lado de los socialistas, y revueltos con una chusma donde ocupan su lugar los ladrones y los asesinos.

El gran puente de Praga, llamado de Cárlos IV, y la catedral de San Vito son los dos mas bellos monumentos que posee la capital del antigo reino de Bohemia. Al lado de un inmenso palacio real se eleva esta basílica, cuyo principio se remonta al tiempo de Wenceslao el Mártir, cuyas reliquias en ella se conservan en una suntuosa capilla, embellecida con piedras preciosas. El puente adornado con estatuas, no de héroes que con el estandarte patrio llevaron el terror y la muerte á países distantes dando con la ruina de otros brillo á las armas nacionales, sino de esos genios benéficos que en mil establecimientos de caridad proveyeron de remedio á las necesidades públicas, atrayéndose el reconocimiento y el amor de mil generaciones que les llaman los *padres de la patria*. Pero algunas de estas bellas instituciones ya no existen; y no es el tiempo quien las ha derribado, ni algun pensamiento mas ilustrado y mas sensato,

(1) Laird Patterson, Esq.

dando á luz otras mas convenientes á nuestro siglo las hizo desaparecer como inútiles: la revolucion fué quien se apoderó de sus rentas, y convirtió en elementos para destruir tesoros que fueron dejados para salvar á los hombres.

No hay propiedades ménos respetadas que las pertenecientes á instituciones de beneficencia, á congregaciones religiosas y á sociedades pias: ellas son invadidas fácilmente; no hay trastorno político que no las haga minorarse, ni jefe de partido que llegue al poder que no las derrame con profusion para cimentar su autoridad. Este fué el gusano roedor que consumió los bellos establecimientos que en época pasada fueron el mas precioso ornamento de la piadosa Bohemia. Yo ví en un inmenso hospital de caridad (1) cobrar á los enfermos veinte *krouser* cada dia para auxiliar su curacion: cuando este antiquísimo establecimiento era sostenido por los Hermanos hospitalarios que arrojó la revolucion, nada se exigía á los pobres, y sin embargo de no ser sus rentas muy crecidas, todo sobraba allí para llenar hasta su colmo las necesidades de los enfermos. ¿Y podria alguno levantar su voz en el seno de la sociedad para sostener que aquellas propiedades no están bajo la salvaguardia de las mismas leyes que las que constituyen la fortuna de los particulares? Mas no obstante, y á pesar de la ruina que todos estos establecimientos experimentaron en sus rentas así en Bohemia como en Moravia, en Austria como en Hungría, los que aun viven conservan bien todas las formas de aquella solemne majestad que les imprimió el espíritu de sus fundadores.

Entre ellos yo he visitado algunas de las universidades que, aun cuando nacidas en diferentes épocas y dirigidas tambien por diversos reglamentos, todas tuvieron un mismo fin, un solo é idéntico propósito: — ilustrar el entendimiento del hombre, dar vida á su pensamiento, formar el

(1) En el hospital real.

espíritu bajo las inspiraciones de la virtud sincera y de la sana filosofía. ¡ Idea grande, empresa noble y que honrará eternamente á los bienhechores del género humano que la concibieron y realizaron! Las universidades austríacas están hoy montadas bajo un mismo plan; la doctrina que en ellas se enseña es una, y las tendencias de sus directores se dirigen también á un mismo propósito: — uniformar las ideas de la juventud. Imparcialmente hablando, sean cuales fueren los principios políticos que profesan estas universidades, sea cual fuere la reputación de sus profesores, bien conocidos muchos de ellos por el mérito esclarecido de sus vastos conocimientos, la instrucción científica que en ellas se proporciona á la juventud, y la liberalidad con que se protege la verdadera capacidad, coloca especialmente á las de Viena, Praga, Padua y Pavía entre las primeras y más célebres de Europa. Sus leyes fundamentales no han olvidado lo que se echa ménos en otras instituciones análogas: — el estudio de la Religión. — Las universidades austríacas, á más de exigir que se haga detenidamente en los liceos y colegios de su dependencia, procuran que los profesores de las facultades y academias lo recomienden constantemente á sus oyentes (1).

Cuando acabo de insinuar el cuidado que se presta en Austria á la educación religiosa, no puedo ménos de elogiar el esmero con que llenan su instituto dos congregaciones que, derramadas por toda la Europa, en toda ella llenan uno de los ministerios más importantes en la sociedad, á saber, la enseñanza: tales son el de los Padres Escolapios y el de las religiosas Ursulinas, que luchando con todas las vicisitudes que experimentó la Iglesia durante su largo cautiverio, no abandonaron la misión de formar los tiernos corazones que les confió la Iglesia al aprobar la regla de su instituto. En su seno se educa una gran parte de la juventud aus-

(1) Acuerdo de 13 de marzo de 1850. Viena.

tríaca, que por eso los respeta y les consagra sus simpatías.

No marcha el gobierno de Baviera por la misma senda que el austríaco, ni su política con relación á la Iglesia está en armonía con la de aquella. Allí donde hace poco que la voz de una bailarina era poderosa para producir cambios de ministerio, á la Religión nada favorable quedaba que esperar, pues sus intereses no están en armonía con los de actrices, ni el influjo de la fe se deja sentir donde impera la voluntad de una danzante de teatro. Asociaciones clandestinas en que aparecen el protestantismo y la democracia uniendo su influencia para triunfar « de la Babilonia papal, » toman por instrumento á una actriz, cuyo influjo había separado del consejo de gobierno á los hombres más íntegros, de la universidad á los profesores más sabios, y de los tribunales á los magistrados más justos y severos; más la sensación que produjeron escenas tan repugnantes contribuyó no poco al triunfo de la causa católica. Un nuevo soberano subió al trono de Baviera, y sus antecedentes, que contaban repetidos actos de piedad, prometían mucho al catolicismo. Mas esta esperanza quedó sin realizarse: el joven príncipe que, visitando los lugares santos, describió en obras suntuosas su devoción ardiente; el vástago ilustre de los electores palatinos, que edificó templos para honrar á Dios en el lugar mismo en que la impiedad judaica le azotó cruel, separándose de las tradiciones de familia que le unen á la causa católica, y desmintiendo sus propios antecedentes, permite que la Iglesia continúe soportando el yugo ignominioso que sacudió en Austria. Y como si esto no fuese suficiente para contentar al partido anticatólico, irritado por los triunfos de la Iglesia, se muestra sordo á los ruegos de los obispos, que solicitan la derogación del « edicto de Religión, » y la subsistencia de los antiguos concordatos anulados arbitrariamente (1). De este modo el soberano que

(1) Respuesta del ministerio á los obispos de Baviera. 8 de abril de 1852.

parecia llamado para segundar los designios del Austria, se obstina en mantener encadenada la accion de la Iglesia, vejando á esta con la subsistencia de leyes que la humillan.

Pero esto nada debilita esa accion omnipotente que atiza el fuego sagrado en el pecho de los católicos en las cinco partes de la tierra. Allí donde se organizaban compañías de incrédulos para emancipar la Alemania del yugo del catolicismo bajo el nombre de un conquistador que la devastó, reunidos los católicos en tres grandes asociaciones, marchan de frente para combatirlas, conquistando esa misma Alemania por la fe, la sumision y la caridad. Allí donde mil jóvenes incautos aplaudian ardientemente los discursos impíos de los agitadores de 1848, y tiraban á mano la carroza de la actriz, su protectora, que empeñaba su poder para que se suprimiesen las instituciones católicas, aparecen congregaciones de monjes y de Jesuitas, y al rededor de sus púlpitos se agolpa una muchedumbre asombrada por este espectáculo, del todo nuevo para ella. De esta manera el entusiasmo católico venga noblemente los ultrajes que recibe la Iglesia; y el protestantismo, el materialismo, la incredulidad y la falsa filosofía, unidos para combatirla, tienen que retroceder á vista de un denuedo y de una intrepidez semejantes. El pueblo bávaro, que constante en sus mas venerables tradiciones tantas pruebas ha dado de adhesion á la Iglesia católica, que único en Europa ha instituido rentas para que se cuide el decoro del sepulcro del Salvador, ofreciendo en nuestros dias un espectáculo digno del fervor de otras épocas que pasaron, y que en su clero y en sus congregaciones religiosas, tan numerosas como ejemplares, manifiesta conservar intacta la piedad que ha recibido como herencia de sus antepasados, no empañará sus glorias de tantos siglos siendo infiel á su fe y á sus simpatías.

Mas en esta lucha contra las pasiones desenfrenadas en

que vemos siguiendo una política opuesta al Austria y á Baviera, ¿cuál de las dos vendrá á triunfar finalmente? Los síntomas ya nos parecen indicarlo. El Austria, moralizando sus inmensas masas por el elemento religioso, despertando la fe en el corazon de pueblos sometidos á la accion de la Iglesia, presenta á la incredulidad y á las empresas del socialismo una barrera formidable; miéntras que el gobierno de Baviera, obligado á hacer concesiones á una multitud sin mas principios ni mas ideas fijas que sus propios intereses, no tiene en sí mismo elementos que le salven en los nuevos conflictos que le prepara el espíritu revolucionario. Cuando este momento llegue, entónces tenderá sus brazos á la Religion; y esa Religion, que no pudo obtener de él ni la reparacion de sus ofensas, correrá á salvarle, si, correrá á salvarle, repetimos, porque su proceder siempre es hijo de la caridad, que olvida los agravios y perdona las injurias que le infiere la ingratitud. Los hechos que confirman la verdad de nuestro dicho no son desconocidos en Baviera, que ha visto á la *Asociacion católica* correr á la defensa de la monarquía constitucional, olvidando noblemente los injustos reproches que de ella habia recibido tantas veces.

El Austria, dejando libre la accion de la Religion, ha visto aparecer de nuevo en el imperio las instituciones de beneficencia, suprimidas primero por las depredaciones de José II, y condenadas despues por la revolucion. Los asilos para inválidos, los colegios para ciegos y sordo-mudos, si no han nacido todos, al ménos fueron modificados por aquella, uniéndose la accion del poder civil con el elemento religioso para hacer su fin mas efectivo y real. Los Hermanos hospitalarios sirven y administran sus casas, y los enfermos, sujetos ántes á la dura necesidad de recibir consuelos de personas asalariadas, hoy ven cerca de sí hombres inspirados por la caridad, para consagrarse al servicio de los demas. En Viena los he visto desempeñar los meneste-

res mas repugnantes, y sin trepidar un instante, someterse á los caprichos mas molestos de los pacientes, á trueque de no incomodarles con una repulsa que pudiera ser perjudicial á su convalecencia. La familia imperial de Habsbourg, que con tantos rasgos de su ardiente fe hermosa nuestra historia contemporánea, ha hecho amable su nombre á todos estos establecimientos, donde sus personas y su fortuna consuelan con frecuencia á los enfermos. ¡Qué bello espectáculo ofrece la madre de un monarca poderoso, cuando, rodeada de sus hijos, sirve personalmente la comida á los pacientes. La fe de nuestro siglo, fatigada y gastada en tantos individuos á causa de los recios golpes que recibió luchando con el materialismo y la impiedad de los indiferentistas, revive animada por ejemplos semejantes.

Comparandó imparcialmente los asilos que la caridad mantiene abiertos en Austria con los que la filantropía protestante abrió en Lóndres y en otras ciudades de la Gran Bretaña, se penetra luego la inmensa diferencia que existe entre unos y otros. Allá en aquellas casas de trabajo donde centenares de pobres entretienen una vida ominosa, cada individuo parece abandonado á sus propios cuidados; y la filantropía que les abrió un asilo, da en él por único alivio á la miseria el continuo trabajo y la falta de consuelos. Acá donde la caridad, sin el estrépito de grandes reuniones ni de largas memorias puestas al alcance de todos, recoge sus pobres y los redime de la miseria, cuida de hablar al espíritu, haciéndoles sentir las dulces impresiones que ella sola conoce, y solo ella puede proporcionar.

En Stiria, Croacia, Iliria y Dalmacia el catolicismo aparece luchando cuerpo á cuerpo, mas con la ignorancia de un enjambre de sectarios que ignoran lo que deben creer, que con algun enemigo atrevido que arme á cada paso lazos á la fe de su adversario; mas con el indiferentismo de hombres que se ocupan exclusivamente de los intereses materiales, que con el fanatismo de cismáticos que traten de en-

grosar á todo precio el número de sus afiliados; y mas, en fin, con la corrupcion de costumbres, resultado necesario de la falta de fe, que con el espiritualismo de los que pretenden profesar una religion abstracta y forjada á su manera. Numerosos rastros se perciben aun por todas partes de esa postracion á que redujeron á la Iglesia los golpes recibidos en la legislacion josefina. Entre los viejos beneficiados de las iglesias no es raro encontrar quien abogue por aquellas, ni quien mostrando las iglesias de los disidentes erigidas en los puertos austríacos del Mediterráneo: « Todos somos amigos, diga, nada nos inquietamos unos á otros, haciendo conversiones entre individuos de mies ajena. » ¡Como si el catolicismo contemporizase jamas con el error, ó al ministro del Evangelio fuera permitido guardar silencio mientras exista un solo individuo que convertir!

Pero consuela á la vez observar la devocion del pueblo católico que, radicada fuertemente, no ha desmayado en medio de tantas pruebas á que se ha visto sometida. ¡Ah, y qué bien la demuestra ese ardor entusiasta con que ví tropas inmensas de hombres y de mujeres correr con ramos y candelas acompañando las procesiones del *Córpus Christi* en Trieste y en Laivac (1)! La pompa militar desplegada por la autoridad nada era al lado de ese fervor ardiente con que un pueblo sencillo hace ostentacion de su fe honrando al Santo de los Santos. ¡Qué contraste formaba con aquella pompa y esta devocion la conducta de un obispo griego slavo, que en la plaza de Trieste se resistia formalmente á arrodillarse al desfilar por allí la procesion! La amenaza formal de la policia pudo tan solo reducirle á llenar un deber que le imponian su fe y la educacion. Su fe, he dicho, porque la Iglesia griega confiesa la real presencia de Cristo en la Eucaristia que consagran los sacerdotes católicos; y la educacion, porque sus reglas mandan no despreciar, al mé-

(1) Año de 1833.

nos en el exterior, lo que respetan otros. La conducta de este obispo cismático encuentra por desgracia imitadores en individuos llenos de preocupaciones, que se persuaden, como aquel, adquirir reputacion de hombres ilustrados cuando insultan la conciencia de la mayoría, cuando faltan á las reglas de la buena política, y cuando obran como no sucedería en las poblaciones mas ilustradas de la Europa. Aquella devocion ardiente se deja percibir todavía mas en los pueblos pequeños y en las campiñas, donde los paisanos adornan altares y capillitas en las grutas de los cerros, en los caminos, en los jardines y en todos los lugares donde agradó á sus antepasados colocar alguna devota imágen.

Hay circunstancias en que estos lugares hablan al corazon con cierta fuerza, que ni el mismo que la siente acertará quizá á explicar con precision todo lo que le inspira. Paseaba yo una siesta fuera de Istria (1); un silencio profundo reinaba en todos los contornos de la ciudad, y las olas del mar causaban apénas un lijero susurro que venía á morir sobre la arena bañada por aquellas. Un modesto edificio en el fondo de un bellissimo jardin me llamó la atencion, y estimándolo como realmente era por un cementerio, me dirigí á él para visitar sus muertos. Ninguna persona parecia miéntras tanto por allí, y sus puertas cerradas á nadie permitian entrar allí. Á la falda de un cerro continuaba una larga calle de árboles, y en su fin divisé algo que llamaba la atencion: poco á poco fui llegando allá, pero no sin cierta especie de pavor secreto que inspiraban el silencio, la soledad y la cercanía de los muertos. ¡ Un grande Crucifijo y á sus piés la Magdalena! ved ahí el objeto majestuoso que encontré en aquel lugar. La imágen de un Dios que espira por redimir á los que sufren, una mujer atribulada que á sus piés llorando encuentra los únicos consuelos que valen á su corazon, lacerado por los crímenes y los remordimien-

(1) La antigua Justinópolis.

tos; ¡ ved ahí la poesía mas sublime que puede concebirse! y sin embargo ¡ es una realidad! El corazon que la contempla, algun instante se siente conmovido; y no son por cierto las pasiones viles las que pueden agitarlo en presencia de un cuadro tan tierno y tan severo al mismo tiempo. Los reformadores de la sociedad no apreciaron lecciones tan provechosas que en un espacio de reflexion dan al espíritu tales representaciones: en los primeros ímpetus de su loco furor destruyeron cuantas encontraron en Francia, en Italia, en España y en todos los lugares que llegaron á dominar; pero subsisten en toda la Alemania católica y subsisten en todos los dominios austriacos, como bellas flores plantadas por el fervor y la piedad.

El servicio parroquial de todos estos Principados me llamó la atencion, particularmente porque sus encargados necesitan poseer al ménos tres idiomas para desempeñar su ministerio. En efecto, los domingos predicán á las ocho en slavo, á las diez en aleman y á las tres de la tarde en italiano. En Goritzia y en Ragusa existen los seminarios que proveen de sacerdotes á las parroquias de estos países. El pueblo se presta con humildad á las indicaciones de su clero, y lo respeta íntimamente; el clero, por su parte, corresponde al amor del pueblo, llenando con caridad los deberes que le constituyen en bienhechor de los demas. En las escuelas, en los gimnasios, en los liceos y generalmente en todas las casas de educacion, él regularmente desempeña una parte muy principal de la enseñanza, pues los profesores son elegidos de su seno.

Los Slavos cismáticos que, como hemos indicado, son los disidentes del catolicismo mas numerosos en Austria, dependian ántes de obispos que les nombraba el patriarca sucesor de Focio; mas no creyendo despues aquellos tener este jurisdiccion para enviarles obispos, se emanciparon, y eligieron un patriarca y un sínodo que tuviesen la direccion de los negocios eclesiásticos, sin necesidad de recurrir jamas

al obispo de Constantinopla. Tuvo pues desde entónces seis patriarcas el cisma oriental, y á los de Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalem y Moscou fué necesario añadir el de Croacia. Pero todavía se erigieron otros nuevos, y luego vamos á verlo. El patriarca griego de Croacia extiende su jurisdiccion sobre cinco obispos de su comunion que residen en los dominios austríacos. Estos, reunidos, eligen su patriarca, quien, segun pretenden los cismáticos, vive en comunion con el de Constantinopla, aunque jamas ocurre á él para negocio de ninguna especie.



NOTAS

DEL TOMO PRIMERO.

Nota A, página 24.

Cuando esto escribimos, dos de estos ilustres proscritos han muerto en el destierro, y la prensa europea anunciaba la muerte de uno de ellos del modo siguiente :

« El arzobispo de Bogotá acaba de morir en Marsella. Miétras el mártir glorioso encaminaba sus pasos á Roma y sucumbia en el tránsito abrumado por los pesares que angustiaban su alma, desde que el rebaño cuya custodia le estuvo confiada sufría el yugo de los que en nombre de la libertad despojaban á la Iglesia de todos sus derechos, otro anciano octogenario defiende en Europa con el mismo celo los mismos derechos, y resiste con igual valor las hostilidades de la autoridad civil, empeñada en poner á sus plantas á esos confesores de la fe, á quienes conforta un Capitan que no será jamas vencido, y que anunció á la milicia que en su nombre lucha la victoria definitiva sobre todos los enemigos conjurados en su daño.

» El muy ilustre señor Mosquera lega á la Iglesia Americana un ejemplo de fidelidad al dogma que juró sostener, y al Jefe supremo del catolicismo, que tendrá sin duda imitadores en aquellos países, hasta que esos poderes transitorios, llamados con razon poderes temporales, no renuncien para siempre, y en provecho de los países que gobiernan, á la no ménos injustificable que odiosa intervencion en el dominio de las instituciones religiosas destinadas á imperar en todos tiempos y en todos los lugares. La ley que no pasa, el dogma de Nuestro Señor Jesucristo, que ha sobrevivido á todos sus adversarios, á todas las rebeliones contrarias á la doctrina como á la autoridad de la Iglesia, á las herejias no ménos que á las revoluciones,